LA METROPOLIS Y LA PROVINCIA EN LA COMUNIDAD INTELECTUAL*

EDWARD SHILS**

I

Introducción

EN todo sistema social existe un centro del que emana la autoridad y al que se rinde acatamiento. Esto tanto aplica a los grupos pequeños como a las grandes sociedades y a las relaciones que las mismas tengan entre sí. Prácticamente, en todo sistema social es inevitable una cierta desigualdad en la distribución del poder y el respeto; es igualmente inevitable que deba existir un centro, o una zona central, integrando una constelación de centros de poder y deferencia. Aun aquellos que hacen caso omiso o rechazan la legitimidad de ese poder central, y quienes deliberada o indiferentemente se niegan a rendirle pleitesía, poseen una cierta conciencia de su centralidad.[1]

El centro de cualquier sociedad tiene una ubicación territorial específica.[2] No es equivalente al centro administrativo o a la capital política, ni tampoco a la económica o cultural aunque bien pudiera coincidir con éstas. Mientras mayor sea la coincidencia entre las diferentes capitales, mayor será la tendencia a que su asiento común sea el lugar que mayor peso tenga en la mente de los miembros de la sociedad. El centro puede abarcar una zona mayor que la ocupada por cualquier ciudad. De hecho, mientras más extendidas sean las fronte-

---

* Traducido por Jorge Enjuto.

** Profesor de la Universidad de Chicago.

1 En las grandes sociedades no hay en verdad un centro enteramente unitario, aunque para aquellos que se encuentran lejos de él, presente a veces un cuadro de unidad.

2 Durante el primer tercio de nuestro siglo, los estudiosos norteamericanos de la ecología humana investigaron el fenómeno de la dominancia metropolitana, y al hacerlo generalmente se refirieron a la facilitación de servicios profesionales por parte de un centro a una zona mayor, a la ubicación y dimensiones de aquellas decisiones tomadas en el proceso de producción, al ejercicio del poder económico sobre una zona, y al área de circulación que la información desde un centro tiene. Con la decadencia de la ecología

ras que limitan el territorio interno de un país, mayor será la zona que el centro abarque.

El centro o metrópolis —vocablo que prefiero porque con él puedo referirme a un territorio más amplio y no sólo a una gran ciudad— es radicalmente distinto a los territorios interiores que domina. La diferencia existente entre metrópolis y territorio interior es, en cierto sentido, la misma que la que se da entre ciudad y campo: en parte, se encuentra contenida en la diferencia existente entre gobernantes y gobernados, entre las altas clases sociales y aquellas de inferior nivel, entre el rico y el pobre, y entre las ocupaciones industriales, profesionales, administrativas y políticas y las agrícolas y de carácter obrero. Pero estas variantes que aplican a las relaciones de la ciudad y el campo, gobernantes y gobernados, industria y agricultura, no pueden enteramente explicar los profundamente experimentados sentimientos que se apiñan en torno a la metrópolis y la provincia. Todos estos factores contribuyen al complejo emotivo arraigado en toda sociedad que nace de la imagen de metrópolis y provincia. No obstante, lo que hay de esencial en estos sentimientos no puede atribuirse a estos factores.

Toda persona posee un "mapa" mental: es una imagen espacial, más o menos definida, del "mundo" que tiene para ella significado. Es ésta una de las formas en que el individuo se "ubica" a sí mismo y define su cualidad esencial. Es un mapa cognoscitivo, más no por ello carente de emotividad. A pesar de ser un mapa no tiene nada que ver con aquel empleado por los cartógrafos. En algunos individuos puede tener proyecciones mundiales, mientras que en otros sus límites pueden confinarse a una zona muy reducida. Para muchos, y especialmente para aquellos de mayor sensibilidad, una característica principal del mapa es su reflejo de la proximidad o distancia a que se encuentran de la metrópolis.

Aquellos que no están totalmente entregados al estrecho círculo de la vida pueblerina, sus familias, vecinos, y a la inmediatez de las tareas que le presentan sus quehaceres cotidianos y municipales, contemplan la metrópolis como centro de "lo vital", de lo "vivificante". Es allí donde ocurren "cosas importantes", y aunque en esta importancia la política ocupa un lugar destacado, su ámbito es más abarcador. La metrópolis es escenario de aquellas actividades que fascinan por su vitalidad intrínseca.

---

humana como tema de interés sociológico de moda, cambió el enfoque hacia el estudio de las desigualdades en poder y situación social. Debido en parte a que no se estudió la sociedad nacional, las correlaciones territoriales de desigualdades de poder y posición social se pasaron por alto. En consecuencia, pasó inadvertido el fenómeno del provincialismo y la actitud mental que conlleva; que es en parte un sentimiento de nivel social y en parte uno de la dignidad o indignidad de la provincia en que uno vive.

La metrópolis es un centro vital, un centro de creación. Esta propiedad se destaca aún más por asentarse en la metrópolis el poder político y económico con su capacidad creadora que despierta los sentimientos correspondientes. Es el foco del que emanan las ideas, que aparte ya del poder que poseen en virtud de su fuerza creadora y vitalidad, adquieren un adicional atractivo sólo como resultado de haber procedido del centro. Los objetos o símbolos vinculados con la metrópolis reciben un carácter propio harto independiente de sus características intrínsecas, de forma que mucho de lo que allí se origina, aunque no sea más estimulante que lo que proviene de provincias, se beneficia del prestigio de su lugar de origen.

A veces se piensa que la vida en provincia es aburrida. Con frecuencia se la caracteriza como tosca, insulsa, atrasada, limitada y estrecha. Se la considera como carente de la frescura, amplitud de miras y del refinamiento de la cultura metropolitana. Se la tiene por rústica y tosca por vivir en satisfecho aislamiento de la cultura de la metrópolis. Esta caracterización del provincialismo viene de aquellos que juzgan las cosas desde un punto de vista metropolitano. En las provincias mismas los mapas son con frecuencia de perspectivas muy locales, pero aún así, contienen en sus límites la mayor parte de aquello que interesa, de aquello que agrada o desagrada al provinciano.

No obstante, no todos los que viven en provincias comparten la mediocridad de la vida provinciana. La provincia tiene otra dimensión, que se nos muestra cuando quiere trascender su complacencia particularista y vincularse a la cultura de la metrópolis.

El provincialismo que aspira a superarse siente vivamente la conciencia de la distancia que lo separa de lo vital y de lo "vivificante", de los acontecimientos "*realmente*" importantes que sólo en la metrópolis ocurren. El provincialismo que intenta elevarse sobre la mera ignorancia e indiferencia rústica, se encuentra lastrado e impedido por la convicción de lo insatisfactorio de su medio inmediato y de sus propias cualidades. El provincialismo consciente conlleva un sentimiento de inferioridad y necesariamente una obligación de conformarse a los patrones morales, culturales, intelectuales y políticos que imperan en la metrópolis. En cualquier esfera de la vida el provincialismo supone preocupación por lo que en esa misma esfera "está ocurriendo" en la metrópolis, y la creencia de que nuestra dignidad como seres humanos se acrecentará con la asimilación de aquellas características de la vida metropolitana que despiertan en sus admiradores la conciencia de la inadecuación de las propias.

El provincialismo consciente no es una condición feliz ya que es difícil liberarse de la tosquedad provinciana. El provinciano consciente es demasiado sensible a su provincialismo.

Las relaciones entre metrópolis y provincia no están confinadas a las fronteras de una sociedad dada. Se extienden, asimismo, en el universo más abarcador construido por una pluralidad de sociedades. Siempre que cualquier sociedad se extiende en poder y prestigio más allá de sus propias fronteras, aparece la relación entre metrópolis y provincia, y con ella simultáneamente la tensión entre ambas.

Al extenderse la Europa Occidental hacia la Oriental, Asia, Africa y América, constituyó un sistema social que aun siendo universal en su escala, no fue, sin embargo, enteramente abarcador ni total en la intensidad de su dominio. Se formaron eslabones que unieron la Europa dominante y los territorios dominados. París —incluyendo a Versalles— no sólo imperó sobre Francia sino también sobre Potsdam y Berlín, Munich y Karlsruhe, Moscú y San Petersburgo, Atenas y Bucarest, Alejandría y Damasco. Posteriormente entraron en escena Londres, Oxford y Cambridge, que extendieron su poder magnético más allá de las Islas Británicas, alcanzando a Hamburgo y Frankfurt, a Bombay y Calcuta, Boston, Nueva York y Filadelfia, y aun a la obstinada Chicago, por no mencionar a Accra, Khartoum e Ibadan. En cierto sentido, la Europa Occidental se convirtió en metrópolis del resto del mundo. En el siglo XX, los Estados Unidos de América han venido a ser parte importante de la metrópolis occidental, que desde ese momento cesó de ser exclusivamente europea. En ciertos aspectos, los Estados Unidos se han convertido de hecho, poco menos que en la metrópolis del mundo.[3] En la actualidad, la influencia de Nueva York no sólo se deja sentir sobre el Mediano Oeste norteamericano y Texas, sino también sobre París, Londres, Berlín, Tokio y Bombay.

Aquellos dedicados a las tareas intelectuales, ya sea en calidad de creadores o consumidores, están reunidos dentro de un sistema social o comunidad. Se encuentran vinculados por normas comunes aplicadas a los mismos intereses, por nexos personales o corporativos, y por la participación en el mismo sistema institucional. Esta comunidad existe en el espacio pero no se encuentra por él limitada. Se extiende más allá de las fronteras de naciones y estados. Por su falta de poder coactivo y base territorial específicamente definida, la estructura de esta *Gelehrtenrepublick,* de esta comunidad, es más laxa, más fragmentaria y menos abarcadora que aquella de las comunidades confinadas a un territorio y que cuentan con una maquinaria propia para el

[3] La heterogeneidad del mundo y la polifacética naturaleza del provincialismo evitan la total ascendencia de una sola metrópolis. Un centro puede servir como capital en relación a una esfera de acción, pero no con respecto a otras. Muy frecuentemente pueden existir varias metrópolis competidoras. Dentro de una sociedad dada nunca habrá un consenso total de opinión con respecto a su metrópolis (dentro o fuera del país). No obstante, a pesar de toda la heterogeneidad y distancia, la diferencia y la tensión entre metrópolis y provincia es ineludible.

mantenimiento del orden. No obstante, es una comunidad y como tal se mantiene. Al desarrollarse y extenderse sobre la faz de la tierra la conciencia universal y la práctica de la ciencia moderna, dedicación al estudio y el arte, la comunidad intelectual del mundo se hace cada vez más real. Los estudiosos y los hombres de ciencia, los artistas y los literatos, mantienen relaciones con sus homónimos en otros países, estudian recíprocamente sus trabajos y se toman continuamente en cuenta. Forman un público disperso pero no por ello menos real, al que se dirigen aun cuando no tengan de ello conciencia y se encuentre ausente y desparramado. Se sirven entre sí como público que fija normas y orienta los juicios.

No obstante, no debe pensarse que, a diferencia de las otras comunidades, la intelectual está integrada por gentes que se encuentran en un mismo nivel de igualdad. En cualquier sociedad, la primera desigualdad en la comunidad intelectual es la existente entre los que crean y los que reciben. En el círculo de los creadores existe una empinada jerarquía que fluctúa entre los más altos niveles de creación, pasando por aquellos que al crear se ciñen a estructuras dadas de antemano, y descendiendo finalmente a los meros imitadores. En todo país existe un centro creador (que bien puede encontrarse desperdigado en el espacio) y unas provincias que reciben orientación y dirección de dicho centro.

Los que sientan el patrón de los temas y problemas que se consideran pertinentes en todo quehacer intelectual, son un círculo de individuos, restringido y sólo rara vez unitario. Un igualmente limitado círculo, encarna y enuncia las normas por las que se juzgan los trabajos. Un grupo de similares características domina las empresas editoriales y las juntas directoras de los periódicos, decidiendo por tanto lo que debe trascender el estrecho círculo en que trabaja un escritor u hombre de ciencia, hacia una dimensión más abarcadora donde el gran público lee sus trabajos. Un reducido grupo influye en el contenido de la obra intelectual y sienta las normas rectoras en toda la comunidad intelectual.

El orden establecido dentro de la comunidad intelectual no surge en forma enteramente unánime ni espontánea. La autoridad se impone mediante el ejemplo, pero también lo hace a través de la distribución de recompensas que incluyen nivel social, remuneraciones económicas, cargos, oportunidades de publicación, distinciones honoríficas, etc.

Las desigualdades de la comunidad intelectual no son sólo consecuencia de las diferencias individuales. Las diferencias entre instituciones de esferas especializadas y de completas comunidades intelectuales a nivel nacional, tales como universidades, periódicos y empresas editoriales, son producto de su asociación con los diversos

niveles de creación individual. De la desigual distribución de estas exigencias de atención y consideración, nacen los centros metropolitanos y las provincias.

Se da por descontado que existen otros numerosos factores que, dentro de la comunidad intelectual, determinan el rango jerárquico de las instituciones intelectuales. Entre ellos podemos mencionar como de gran importancia, el nivel social de los miembros que en la comunidad participan, las relaciones de las instituciones con la autoridad política y eclesiástica, y el poder político de los estados a que pertenecen las comunidades intelectuales nacionales. En la determinación de la ubicación y límites de la metrópolis intelectual y las provincias, la importancia de estos factores no es secundaria a la creación misma.

La hegemonía de las antiguas universidades en Gran Bretaña, compartida ahora en cierto grado por unas pocas de las universidades modernas; la predominancia de la Universidad de París en la vida intelectual académica de Francia, y la ascendencia de una media docena de universidades en los Estados Unidos atestiguan las diferencias existentes en el mundo académico. Los órganos y sociedades eruditas sobre los que influyen fortalecen esta desigualdad.

La misma estructura de iniciación y derivación también predomina en las otras esferas del quehacer intelectual, como ocurre en la poesía, la novela y la crítica literaria, que a su vez tienen sus contrapartes institucionales. Existen ciertas empresas editoriales y periódicos cuyas publicaciones establecen y mantienen la norma prevaleciente o crean nuevas normas; el que éstas empresas o periódicos publiquen nuestros trabajos, confiere prestigio y despierta una mayor atención.

En cualquier país, la jerarquía intelectual entre metrópolis y provincia dista mucho de ser absoluta. No existe un consenso de opinión totalmente válido por todos reconocido, y aquellos que viven en provincias no se encuentran por ello excluidos de participación creadora en la comunidad intelectual. No importa su domicilio ni origen, aquellos que logran con éxito conformarse a las normas, se encuentran en condiciones de vencer la limitación de su provincialismo. Por otra parte, aunque los centros, al igual que los individuos, cambien, en la comunidad intelectual persiste la distinción entre metrópolis y provincia.

Los grupos de individuos e instituciones dirigentes —la metrópolis intelectual— de las sociedades rectoras constituyen la metrópolis de la comunidad intelectual de dimensiones mundiales. El resto del mundo intelectual vive de la luz que ellos reflejan, recibiendo el máximo de inspiración y autoestima de sus esfuerzos por conformarse al modelo y llegar por ello más cerca del centro. En la antiguedad, las escuelas, los filósofos y los dramaturgos griegos, sentaron las normas hacia las que miraron los intelectuales romanos. En la Baja Edad

Media y en los primeros tiempos de la Edad Moderna, Italia era la metrópolis intelectual, y el resto de Europa la provincia; y de hecho, hasta el siglo XVI una provincia muy poco poblada. En el siglo XIX los Estados Unidos fueron una provincia intelectual de Europa; de Inglaterra en primer lugar y de Francia en segundo. Posteriormente, en el último tercio del siglo XIX y a principios del XX fueron provincia intelectual de Alemania y particularmente de las universidades alemanas. Cuando las puertas del Japón se abrieron al mundo, este país pasó a ser una provincia intelectual de Alemania en la mayor parte de sus esferas de acción. Rusia, durante el siglo XIX y a principos del XX, a pesar de sus grandes creaciones literarias, era una provincia intelectual de la Europa Occidental. En lo referente a la literatura dependía especialmente de París, mientras que en la ciencia y las humanidades estaba vinculada a ciertas universidades alemanas y suizas. India fue y sigue siendo una provincia intelectual de Londres, Oxford y Cambridge. Los territorios africanos que fueron o continúan siendo dominados por los británicos, han pasado a ser provincias intelectuales de los mismos centros (y en menor escala de las universidades de provincias en las Islas Británicas). Los africanos en los territorios dominados por Francia son provincianos vis a vis París; como es también el caso de Indonesia, que a su pesar sigue siendo provincia de las Universidades de Amsterdam, Leiden y Utrecht.

La posesión de un grado académico conferido por una universidad metropolitana es, en las provincias, un atributo que amerita respeto y preferencia para ocupar un cargo en el gobierno o la instrucción pública. Las universidades de provincias están modeladas siguiendo los patrones de las de la metrópolis. Esto se aplica hasta en el programa de estudios, los textos exigidos, y en algunas ocasiones, a las preguntas que se ofrecen en los exámenes.

En pos de las universidades siguen las revistas. En la esfera de la cultura general, política y literaria, todos aquellos intelectuales que desean sobreponerse a su provincialismo, leen *The Times Literary Supplement, The Manchester Guardian Weekly, The New Statesman and Nation, The Economist, Encounter, The New Yorker.* En el campo de las ciencias desempeñan una función similar las revistas *Nature, The Transactions of the Royal Society, The Physical Review, The Cambridge Mathematical Journal, The Journal of the American Mathematical Society,* etc. El leer, o al menos el estar al tanto del contenido de estas publicaciones se considera como necesidad indispensable y el que nuestros trabajos aparezcan en sus páginas se tiene por gran distinción. El hecho de que *Allen and Unwin, Macmillan, The Clarendon Press,* o *The Cambridge University Press,* publiquen nuestros libros

garantiza un mayor interés y respeto que si hubieran sido publicados por editoriales del país de origen del autor.

II

La dichosa ignorancia del provinciano a quien genuinamente importa poco o nada lo referente a las metrópolis y cuyos intereses no van más allá del estrecho círculo que lo encierra, es una indulgencia que rara vez se ofrece al intelectual. Los intelectuales provincianos pueden compartir la rusticidad, la ingenuidad, y la falta de sutileza convencionalmente asociadas al provincialismo, pero no pueden gozar tan fácilmente del consuelo que sus compañeros provincianos encuentran en sus inmediatas y personales preocupaciones.

El esfuerzo intelectual exige una cierta medida de validez universal. Mientras un negociante, un artesano, o un agricultor pueden sentirse contentos con su suerte, dentro de los estrechos límites de su circunstancia, la esfera del intelectual, por el hecho mismo de su compromiso en el tipo de actividades a que se dedica, es de gran extensión. Su sensibilidad y la amplitud de miras que su adiestramiento anterior y selección le ofrecen, más la necesidad de situar sus obras en una escala universal de valores, colocan al intelectual en una situación difícil. La amplitud de alcances de su sensibilidad lo lleva a enjuiciar sus logros en competencia con aquellos que se ofrecen a un nivel universal. Estos juicios están además vinculados a criterios de naturaleza tal como el mérito del tema bajo estudio a los ojos de la gran comunidad intelectual, el nivel de las instituciones en las que el intelectual ha estudiado, enseñado o investigado, y aquellas instituciones a las que han estado asociados los intelectuales adscritos a su esfera de pensamiento, así como la jerarquía internacional y poderío del estado en que se encuentra la institución cuyos productos han de enjuiciarse.

Por estas razones, el intelectual provinciano se encuentra en una situación de inferioridad. Además del problema que en sí supone el verse alejado del centro de creación intelectual, su situación se agrava por las desventajas adicionales del provincialismo, que lo sitúan en un lugar secundario. El provincialismo consciente no puede por tanto, descansar satisfecho en su propio medio ambiental. Está obligado a intentar superarse siguiendo el patrón preferido por las metrópolis, o a defenderse de la crítica que implícitamente la misma le presenta.

La intranquilidad del intelectual provinciano contemplando con fijeza inmovible a la metrópolis es un destacado componente de la vida intelectual moderna —y es probable que no pueda dejar de ser

así mientras las comunidades intelectuales aspiren a una validez aprobada por normas de mayor universalidad.

En la Rusia del siglo XIX, la literatura expresó repetidamente la sensación de aislamiento experimentada por los provincianos al sentirse alejados de lo que consideraban como verdaderamente importante. Esto se manifiesta especialmente en los cuentos y dramas de Chejov.[4]

Mientras el campesino y el señor rural podían encontrar los suficientes objetos de interés emotivo en una zona de estrechos confines, no era éste el caso de los intelectuales, ya fueran creadores o consumidores. En Francia, casi todos los autores de relieve[5] expresaron la misma creencia en la salvadora gracia de la metrópolis en contraste con la desmoralizante trivialidad de la provincia. No eran muchos los escritores que pudieran mantenerse alejados de París o despreciar la crítica y chismografía parisina que hacía o deshacía reputaciones.

En la Inglaterra del siglo XIX y de principios del XX, el sentimiento de inferioridad de los intelectuales *Disidentes* frente a Oxford y Cambridge y su resentimiento contra la condescendencia con que allí eran mirados,[6] enconaba sus espíritus y daba pábulo a la animosidad y a un orgullo que era producto de la natural reacción. Desde *Jude the Obscure* a los héroes de la "literatura de provincias",[7] la mentalidad "provinciana" se afirmó reiteradamente, expresando su fascinación y su resentimiento por la metrópolis. El reciente brote de animadversión contra el "establecimiento" es algo más que la amarga queja de aquellos que se sienten "relegados"; es parcialmente la protesta de las provincias contra la dominación del dorado triángulo de Oxford, Cambridge y Londres en la vida intelectual del país.

El provincialismo se hace aún más difícil para los intelectuales de los países subdesarrollados de Asia y África. La profunda escisión existente en este caso entre la cultura metropolitana y la provincial indígena, acrecienta el provincialismo del intelectual intensificando su sensibilidad hacia la diferencia. En los países occidentales la desigualdad entre provincia y metrópolis se ve en gran medida aminorada

[4] Véase como por ejemplo, en la obra *Tres hermanas* en la que Chejov hace exclamar a Irina: "Oh, ir a Moscú, a Moscú. No hay nada en el mundo mejor que Moscú". Ello es una clara expresión del sentir del siglo.

[5] Balzac, Stendhal y Flaubert fueron despiadados críticos de las destructoras redes de la sociedad provinciana. El subtítulo de *Madame Bovary:* "Costumbres de Provincia" resume la idea que los escritores franceses tenían de las provincias como sede de un odioso filisteísmo contra el que todo espíritu sensible estaba obligado a rebelarse.

[6] ¿Qué es *Culture and Anarchy* sino una expresión del desprecio metropolitano por la provincia?

[7] Véase entre otras, las obras de Kingsley Amis: *Lucky Jim* y *That Uncertain Feeling;* las de John Wain: *Hurry on Down* y *Living in the Present;* la de John Braine: *Room at the Top;* las de William Cooper: *The Struggles of Albert Woods* y *Young People;* la de Phillip Callow: *The Hosanna Man;* y las de C. P. Snow: *The Light in the Dark, Strangers and Brothers* y *Time of Hope.*

por los lazos del idioma y de una educación que es generalmente similar para todos. A esto puede añadirse una historia común y parecidas tradiciones religiosas. Además, la historia europea se encuentra plagada de instancias de creación provinciana especialmente en los casos de países como Italia y Alemania cuya unificación nacional ocurrió hace relativamente poco tiempo. No obstante, los intelectuales de los países subdesarrollados todavía carecen de una tradición en ciencia moderna, humanismo o las artes a la que puedan recurrir para afianzar su dignidad. En consecuencia, los intelectuales de los nuevos países de Asia y Africa tiene que sufrir su provincialismo sin el consuelo y la fortaleza que en los países avanzados tienen sus homónimos como consecuencia de los vínculos morales que ligan a los intelectuales de provincia y metrópolis a una misma nación, o por la conciencia de los logros que en el pasado conquistaron sus mutuos antecesores en esfera que les inspiran profundo respeto.

La cultura de los modernos intelectuales de los países subdesarrollados proviene mayormente de una cultura metropolitana, pero no obstante, esta metrópolis se encuentra fuera de sus fronteras. La metrópolis es además, invariablemente, una región o estado que previamente ha dominado el país del intelectual y humillado a sus compatriotas por el solo hecho de la dominación extranjera misma y por otras innumerables vejaciones y frustaciones recibidas.

Sin embargo, por más dolorosa que pueda ser, la única cultura moderna que este intelectual posee es aquella de una metrópolis extranjera, y si la niega, se niega a sí mismo y sus aspiraciones de modernizar su sociedad.

Los libros de texto que estudia en la universidad vienen generalmente de la metrópolis y es allí donde se han educado sus más respetados maestros. En una buena parte de los estados de reciente formación, el idioma en que estudia el intelectual no es el vernáculo sino el metropolitano. Termina al cabo por apreciar la ventaja que supone el trasladarse a la metrópolis para continuar estudios —a instancias de sus allegados y maestros que comprenden la ventaja que ello ofrece y quienes asimismo consideran que es intrínsecamente valioso "el regresar del extranjero". Las novelas que lee, la ciencia que estudia y aplica, los principios de administración que pone en práctica, la política económica que recomienda e intenta instrumentar, todo ello tiene su origen en la metrópolis extranjera.

No obstante, esta cultura metropolitana en cuya participación se crece, es una crítica implícita a la cultura provinciana en la que el intelectual del país subdesarrollado, por más moderno y emancipado que pueda ser, se encuentra profundamente inmerso. El solo hecho de vivir en el centro de la mezcla de cultura provinciana moderna y de la indí-

gena tradicional constituye un compromiso para con ella; su inevitable proximidad despierta y mantiene vínculos formados en la infancia y vitalizados por la afinidad y el afecto. No puede evadir Londres en la forma en que puede hacerlo una joven señora provinciana de Leeds, Nottingham o Cardiff, asimilándose a la metrópolis con la razonable esperanza de que al pasar de algunos años también dejará de ser provinciano. Su suerte lo destina al provincialismo.

III

Cuando los intelectuales, con su mayor amplitud de miras y sensibilidad, se orientan hacia la política, tienden a ser influídos por sus relaciones con la metrópolis aun cuando hayan nacido en los países metropolitanos. En la esfera política, el resentimiento de la provincia hacia la metrópolis se acrecienta considerablemente, a pesar de que con gran frecuencia se encuentre mezclado con la fascinación que en la provincia despierta la metrópolis. Los temas de modernidad y tradición, de autoridad y autonomía, que son núcleo de las preocupaciones del intelectual, son casi concéntricos a las relaciones entre metrópolis y provincia.

Aun en aquellos países que son metropolitanos frente a una gran parte del resto del mundo, la división interna entre metrópolis y provincia se convierte en foco de conflicto político. En los años anteriores a la gran guerra civil en Inglaterra, entre los muchos problemas que preocuparon a los grandes pensadores del período, se encontraba el de la distinción entre corte y provincia. La nobleza provinciana resintió amargamente la afrenta hecha por Westminster a sus normas de conducta. Las pretensiones y requerimientos de la capital eran un mentís a sus propias virtudes. En el siglo XIX, cuando el Reino Unido se encontraba casi en el pináculo de su gloria como metrópolis mundial, el provincialismo interno se afincaba asimismo en el ánimo de los *Disidentes* del norte y el oeste del país. De esta situación arranca el radicalismo del Partido Liberal, que obtuvo su más destacado logro político con las reformas sociales de las Administraciones de Campbell-Bannerman y de Asquith. Cuando entró en escena el Partido Laborista después de la primera Gran Guerra, los intelectuales provincianos le prestaron un gran apoyo, destacándose especialmente el ofrecido por los clérigos, maestros y periodistas. Una gran parte de su fuerza, y sobre todo de su celo intelectual, provino de los mismos elementos disidentes provincianos que, en décadas anteriores, habían hecho del Partido Liberal una fuerza poderosa para cambiar el viejo orden de

cosas afincado en la Corte, la alta nobleza y la Iglesia, con Oxford como aliado e instructor.

Fue por motivos similares que el Nacional-Socialismo alemán recibió, entre otros, el apoyo de los intelectuales provincianos que odiaban a Berlín considerándolo como el epítome de la corrupción y la maldad metropolitana. El desprecio a "los intelectuales de asfalto", los intelectuales de las grandes ciudades, fue siempre un tema de ataque nazi a la cultura moderna.

El Pupularismo norteamericano y su rebelión intelectual contra las ciudades portuarias del Este y la cultura de tradición gentil que representaban, se benefició también del ánimo de una intelectualidad provincial antimetropolitana.

Thorstein Veblen y John R. Commons, John Dewey y una pléyade de novelistas naturalistas formaron todos parte de la negativa de los intelectuales norteamericanos a reconciliarse con el dominio intelectual de Inglaterra sobre Norteamérica, que era el eje de la tradición gentil. Esta rebelión encontró un instrumento político en el Popularismo del Noroeste, en el Progresismo del viejo LaFollette y finalmente en el Nuevo Trato.[8]

La Rusia del siglo XIX era un estado soberano de gran peso en el mundo de la política europea, más sus intelectuales se hallaban con frecuencia preocupados con su propio provincialismo en relación a la misma Rusia y aún más al enfrentarse a la Europa Occidental.[9]

El conflicto entre eslavofilos y occidentalistas sólo fue uno de naturaleza metropolitano-provincial. A la postre, obtuvo la victoria una amalgama de occidentalismo antioccidental conocido, en otras palabras, como leninismo. Aun en nuestros días núcleos sustanciales de la intelectualidad soviética parecen estar aún muy preocupados con la opinión que de ellos tengan los intelectuales occidentales, y al menos, parte de su conducta puede interpretarse como un esfuerzo por vencer la presunta dependencia e inferioridad.

En todos los países de Africa y Asia los intelectuales son los portadores, creadores y receptores de la "opinión pública". Combaten

---

[8] Todos estos movimientos políticos, y especialmente el Nuevo Trato tuvieron otras proyecciones, pero todos ellos fueron influidos por la tensión entre metrópolis y provincia.

[9] Véase los siguientes pasajes del *Diario de un escritor* de Dostoyesky.

¿...qué es lo que lograste en pro del cosmopolitismo, del triunfo de tu idea? Empezaste a vagar sin meta por toda Europa empujado por un ávido deseo de renacer, al menos en apariencia, entre los europeos. Durante todo el siglo XVIII no hicimos otra cosa que disfrazarnos. Nos dedicamos a asimilar los gustos europeos; hasta comíamos toda clase de inmundicias haciendo de tripas corazón: "¡Fíjate, soy tan inglés que no puedo comer nada sin echarle antes pimienta de cayena!...

"Tuvimos que empezar despreciándonos a nosotros y a lo nuestro. Si durante dos siglos hemos permanecido en este punto, sin avanzar o retroceder, tal debió haber sido el límite que nos fijó la naturaleza. Es cierto que también cambiamos: el desprecio por nosotros y por todo lo que fuera nuestro ha aumentado día tras día, especialmente cuan-

por el futuro político de sus pueblos y, en prácticamente ningún caso, abogan por el mantenimiento del sistema político tradicional del país en que han crecido. Sólo unos pocos pueden defender la continuación o restauración del régimen de dominio extranjero. La mayoría desea independizarse, pero desea asimismo establecer o mantener un régimen que se asemeje al orden interno de la potencia extranjera que otrora los gobernara. Por supuesto, existen muchos que verían con buenos ojos el establecimiento en su propio país de parte del régimen económico y político de la Unión Soviética y últimamente de China.

Sin embargo, el sistema político al que se adhieren no es en modo alguno un desarrollo indígena con el que hayan tenido experiencia y en el que hayan crecido. Sus ideales políticos son aún más metro-

---

do empezamos a comprender a Europa a plenitud. No obstante, la tajante escisión de las nacionalidades, y los igualmente tajantes patrones de caracteres nacionales en Europa, no causaron confusión entre nosotros. Comenzamos justamente con una inmediata "eliminación de todos los contrastes" desarrollamos así el tipo de "europeo" cosmopolita: desde un principio descubrimos lo que de *general* los une —esto es, por demás característico.

"Luego, en el transcurso del tiempo, al crecernos en sabiduría, nos apoderamos de inmediato de la civilización y acto seguido adoptamos una ciega y fiel creencia de que en la civilización era donde residía esa "universalidad" que está destinada a unir a la humanidad. Aun aquellos europeos que nos consideraban de cerca, ya fueran forasteros o recién llegados, acostumbraban a expresar sorpresa ante esta nuestra fe entusiástica...

"Mientras tanto, nos desarraigamos tanto de la tierra rusa que perdimos toda idea de cuán ajena era esta doctrina al alma del pueblo ruso. En verdad, no sólo considerábamos despreciable el carácter de nuestro pueblo, sino que negamos además la existencia de un tal carácter. Nos olvidamos de meditar sobre ello, y con despótico sosiego estábamos persuadidos (sin siquiera plantearnos el problema) de que nuestro pueblo aceptaría de inmediato todo lo que le dijéramos, de hecho, le ordenáramos...

"¿Y qué logramos? —Unos resultados extraños: principalmente que todo el mundo en Europa nos mirara con sorna, y que a los rusos mejores y de inteligencia incuestionablemente superior, se les contemplara con orgullosa condescendencia. Ni aun el emigrar de la tierra Rusa, esto es, la emigración política, ni la íntegra renuncia a todo lo ruso, los salvó de la altiva condescendencia. A pesar de todo, los europeos no querían reconocernos como suyos, bajo ninguna circunstancia no importa qué sacrificios hiciéramos. Este fue el significado de *Grattez le Russe et vous verrez le Tartare.* Y así sigue siendo hasta el presente. Entre ellos nos hicimos notorios. Y mientras más despreciábamos nuestra nacionalidad para complacerlos, mayor era el desprecio en que nos tenían...

"Y sin embargo, bajo ninguna circunstancia podemos renunciar a Europa. Europa es nuestra segunda patria...

"...Si el cosmopolismo es una idea nacional rusa, cada uno de nosotros debe, en consecuencia convertirse en un ruso, encontrarse a sí mismo. Todo cambiará entonces desde el comienzo. El hacerse ruso significa dejar de despreciar nuestro pueblo. Y en el momento en que los europeos comprendan que hemos empezado a respetar a nuestro pueblo y a nuestra nacionalidad, comenzarán de inmediato a respetarnos. De hecho, mientras más fuerte y cercano sea nuestro reflejo en el alma europea, una vez que a ella nos hayamos vinculado, más inteligibles para ella seremos. No nos volverán la cara entonces altivamente, sino que nos escucharán. Debemos a la sazón cambiar también nuestra apariencia externa. Habiéndonos convertido en nosotros mismos, debemos finalmente adquirir el aspecto de hombres libres y no el de esclavos, lacayos, de Potugin. Se nos tomará pues, por seres humanos y no por parias internacionales, no por "la canalla" del europeísmo, el liberalismo y el socialismo..."

La reacción del intelectual provinciano a su compatriota y compañero intelectual metropolizante presenta características que desprecian las fronteras nacionales y las peculiaridades de la cultura tradicional. La crítica que hace Dostoyesky a los "occidentalistas" podría ganar el apoyo de muchos intelectuales indúes de los últimos años de la primera mitad del siglo XX.

politanos que sus ideales literarios. No obstante, en un intelectual con definida actitud política sólo la más devota devoción al modernismo puede vencer la tendencia a emanciparse del dominio de las ideas de la metrópolis. En consecuencia, la genuina adhesión a estos ideales se enfrenta al obstáculo de la igualmente auténtica necesidad de reafirmar la personalidad propia recibida en herencia y a la que también se encuentra ligado. La aceptación activa de la cultura de la metrópolis despierta en el intelectual sensible el impulso de equilibrar esa aceptación mediante la afirmación de su cultura original. Sólo las personalidades más fuertes entre aquellos con señalados dotes intelectuales, o aquellas cuyas responsabilidades en la esfera de su vocación son insistentes y satisfactorias pueden evitar la cangrena del desasosiego.

En la perspectiva política de los intelectuales de Asia y Africa, tienen lugar sobresaliente la sensibilidad nacional y la preocupación por la opinión que de ellos tenga el mundo exterior (principalmente occidental). Viven y actúan con una conciencia mundial aun mayor que la de los intelectuales de Occidente y son mucho más sensibles a su alejado público y jurado que estos últimos. Esto tanto aplica a la política como a la ciencia, al humanismo como a las artes. Su sensibilidad a la "opinión mundial" es una manifestación de la preocupación provinciana por la metrópolis. El aumento de la conciencia universal en el intelectual de Occidente no se activa por un pensamiento fijado en una remota metrópolis: en ella vive y no necesita extender sus antenas para alcanzarla.[10]

Hay que admitir que, entre los intelectuales de los nuevos estados de Asia y Africa, los sentimientos étnicos intensifican la ya existente desconfianza hacia las principales naciones de Occidente. El resentimiento hacia una autoridad que una vez fuera todopoderosa y a la que se considera sospechosa de supervivencia o potencial restauración, desempeña también una función importante en ayudar a formar la actitud de los intelectuales asiáticos y africanos hacia la metrópolis occidental. Sin embargo, para explicar la mezcla de cautela y aprecio que caracteriza la actitud del moderno intelectual no occidental frente a la metrópolis de Occidente, el provincialismo es un elemento tan importante como cualquier otro. Este intelectual experimenta una auténtica devoción hacia la cultura de Occidente, que constituye el legado más valioso de su pensamiento y no se encuentra dispuesto a dejarla escapar. (Aun cuando desde un punto de vista tradicional, critique dicho pensamiento y cultura, expresa siempre su

[10] Por otra parte, la conciencia universal que empezó a aflorar hace poco en el intelectual occidental, por más insuficiente y fragmentaria que sea, no contiene los elementos artificiosos resultantes de una exacerbación de la sensibilidad nacional.

respeto hacia el conocimiento científico y tecnológico que contiene). No obstante, su actitud provinciana y su orgullo nacional le obligan a rechazar la aceptación de su dependencia y a reafirmar su dignidad en un plano de igualdad o superioridad.

Esto se logra en parte negando la preeminencia de la metrópolis y afirmando todo aquello que sirva para desprestigiar la dignidad de la misma. Aquí se encuentra la raíz de una buena parte de la simpatía que hacia el Soviet muestran un gran número de intelectuales en los países no occidentales. La admiración por el marxismo-leninista es a la vez una continuada aceptación de la hegemonía de la metrópolis y su recusación. (El marxismo-leninista es europeo y occidental, mas no obstante también es una negación del Occidente; los logros soviéticos pretenden cumplir importantes ideales occidentales mientras que el régimen soviético ataca al Occidente en todos los frentes).

IV

La política de los intelectuales provincianos y metropolitanos no se encuentra más exclusivamente determinada por el antagonismo entre provincia y metrópolis que lo que lo está la sustancia y orientación de la misma vida intelectual. El nivel social de los intelectuales tanto en lo referente al pasado como al presente, la valoración de políticas en la cultura tradicional y en la sociedad contemporánea, y otros factores semejantes, tienen una significación política no menor que la que tiene el lugar que ocupa el intelectual en las relaciones entre metrópolis y provincia. A pesar de ello, el provincialismo es un hecho ineludible. Aunque no es probable que pueda suprimirse por completo, no deberá permitirse que continúe pesando tanto en la vida intelectual y política.

La verdadera cura para el provincialismo es la creación. Como lo demuestra la historia de la ciencia en el siglo XX, es factible dispersar la metrópolis y la creación que hace posible su nacimiento. No hay nada inherente a la economía de la vida intelectual que exija que la metrópolis tenga que concentrarse en un punto específico de nuestro planeta. Aunque existirán siempre las desigualdades entre los genios y aquellos que, por más méritos que posean, no alcanzan a serlo, no hay razón alguna para creer que la creación intelectual en las diversas esferas del conocimiento y la expresión modernas necesita verse confinada a Europa y a las avanzadas europeas de ultramar.

Existen serios obstáculos para el despertar de la creación en las ciencias, las letras, las humanidades y las artes, y algunos de éstos son consecuencia de la constitución inherente a las culturas tradicio-

nales ajenas a Occidente. Puede que un número de estos obstáculos tarden mucho tiempo en poder superarse, otros, por el contrario, pueden ser más fácilmente vencidos. Sólo cuando estas dificultades se hayan eliminado podrá borrarse la división del mundo en metrópolis y provincia intelectual, extendiendo a una escala universal la red de centros creadores que son en la actualidad una característica de la vida intelectual de Occidente.

Cuando esto ocurra, los intelectuales de la India y Africa, no se verán inclinados a buscar inspiración intelectual y política en una metrópolis cuya ubicación territorial específica determine en forma importante la actitud que hacia ella tengan. Cuando pasen a ser miembros aceptados de la comunidad intelectual, podrán dejar de ser sus dependientes. Entonces, ya no serán provincianos, y con ello disminuirá su preocupación por el nivel de su nación a los ojos de las "grandes potencias" encontrándose en mejor situación de dedicar sus capacidades a la búsqueda de verdades que tengan para ellos la atracción de un genuino interés, y a enfrentar en forma práctica los problemas de sus propias sociedades. Dedicarán sus esfuerzos al estudio y solución de problemas que les son propios, aunque carezcan de validez universal o proyecciones trascendentes o sólo apliquen al territorio por ellos habitado. También podrán orientar su preocupación hacia los problemas universales porque compartirán íntegramente una tradición intelectual que da significación a los problemas por sus propios méritos; y se ocuparán de los particulares por el deber que les imponen las obligaciones ciudadanas de una comunidad civil en la que se encontrarán totalmente afincados.